

El señor Amoretti, de quien usted se sirvió, le ha precedido ya como correo... Hace dos días que está remojándose en el canal... En cuanto á usted...

— ¡ Oh, miserable! — rugió Hiénard; le reconozco á usted, usted es Rascol y San-Vicente... ¡ Usted asesina por cuenta del cobarde Prédalgonde!...

— ¡ Oh, usted asesina!... ¡ Qué palabra tan fea! Nosotros suprimimos, sencillamente. Somos gentes dulces y limpias. ¿ Cree usted que vamos á hacer correr la sangre? No. Voy á destapar este frasquito que contiene cloroformo y lo derramaré sobre este pañuelo con que le cubriré á usted la cara. Dentro de algunos minutos todo habrá concluído; y así, graciosamente y sin sufrimientos, el señor Juan Hiénard irá á reunirse con sus abuelos los duques de Diernstein, y mañana le encontrarán muerto en su lecho. Esta noche se encolerizó y la cólera es mala para las enfermedades del corazón. ¡ Crac! la ruptura de un aneurisma. Y ya tenemos un escultor de menos, un hijo recalcitrante en la tumba y una madre, libre de una fiscalización molesta, que podrá hacer lo que quiera. ¿ No es ésta una buena combinación? ¿ Eh? Y para todo esto basta un frasquito.

El atroz personaje reía. En la claridad de la linterna Juan veía su semblante terroso, y no reconocía ninguno de los rasgos que formaban el rostro de Rascol ó de San-Vicente. Sólo distinguía un sem-

blante afeitado, surcado de arrugas caprulosas y feroces. El desgraciado, en aquel instante, tuvo miedo, un miedo espantoso. Reunió todas sus fuerzas y pensando en su amigo que debía de venir, gritó volviéndose hacia aquella única esperanza que le quedaba de salvarse:

— ¡ Frégose, á mí, Frégose!

— ¡ Oh, nada de historias! — dijo Rascol, y derramando el frasquito cubrió con el trapo mortal la boca y las narices de Hiénard, que tuvo una sofocación, un grito postrero, una convulsión suprema, para rechazar el veneno y librarse de la muerte. En aquel momento preciso, la voz de Frégose llegó hasta Juan. Oyó un tumulto terrible, un pistolotazo y le pareció que volvía á la vida.

Acababan de quitarle el pañuelo de la boca, respiró el aire con ansia y pudo incorporarse: sus brazos estaban libres; Frégose había roto sus ligaduras de una cuchillada. El cuarto estaba vacío, iluminado únicamente por la luna, y sobre el suelo, cerca de la linterna rota, Rascol acababa de morir.

De un brinco llegó Frégose á la puerta que había quedado abierta, la cerró, corrió el cerrojo, hizo lo mismo con la puerta del estudio, encendió los candelabros y con el revólver aún en la mano, volvió á donde estaba su amigo, le cogió entre sus brazos, le levantó, gritándole con los ojos arrasados en lágrimas.

— ¿ No estás herido ? ¡ Háblame ! ¿ Cómo te sientes ? ¡ Dios mío, los bandidos ! He llegado á tiempo, ¡ ah ! ¿ Por qué habrán huído los otros ? ¡ Hubiera querido matarles á todos ! Hiénard, amigo mío, tú no te morirás, verdad.... ¡ Qué pálido estás !...

— Aire, aire, — balbuceó Juan; — dame aire....

Frégose corrió á la ventana, la abrió y después abrigó á su amigo para que no sintiese frío :

— ¡ Ah ! cuando oí que me llamabas con esa voz ahogada, comprendí que te asesinaban.... ¡ Mi querido Hiénard ! ¡ Ah ! qué poco tardé en subir la escalera. Los bandidos se arrojaron sobre mí, pero yo hubiera luchado contra cien hombres por defenderte.... Y el granuja que te sujetaba.... ¡ Qué bien le acerté ! ¡ Qué suerte que Clementina me obligase á coger el revólver !

— Pero tú estás herido, tu sangre corre, — murmuró Juan mirando á su amigo con ojos inquietos.

— ¡ Anda, es verdad ! He recibido una puñalada en el brazo. Fueron los dos malhechores que se precipitaron sobre mí mientras éste te ahogaba.... Una miseria.... no siento nada.... Pero á ti, ¿ cómo se las arreglaron para atarte ? ¡ No ! no hables.... Descansa.... ¡ Ah, mi querido Hiénard, cómo me alegro de haber llegado tan á tiempo !

Y el buen muchacho reñe y lloraba al mismo tiempo.

El semblante de Hiénard se obscureció y dijo hablando trabajosamente :

— Ese miserable me dijo mientras se preparaba á matarme, que había ahogado al pobre Amoretti.

— ¡ Ah, Dios mío ! ¡ Por eso hace dos días que no le veo !... ¡ Ah, los canallas ! Un hombre tan honrado....

Frégose quedó anonadado. El viento fresco de la noche disipaba los soporíferos vapores de la habitación, y Hiénard que respiraba ávidamente aquel aire vivificante, pudo levantarse después de algunos momentos. Pasó con repugnancia junto al cadáver de Rascol. El bandido había caído de espaldas y su boca presentaba una mueca espantosa. La bala de Frégose le atravesó el cuello partiéndole la carótida. Un charco de sangre inundaba el suelo.

— Has dado un pistoletazo maestro, — Frégose, — dijo el escultor.

— He tenido suerte, porque no le apunté.... Pero rodó como un conejo.... Y su caída fué la señal de la derrota de sus acólitos....

— ¿ No iremos á pasarnos toda la noche junto á ese cadáver ? Sería preciso avisar á la policía....

— ¿ Puedes andar ?...

— Ya lo creo ; todavía me hallo un poco aturdido, pero mis piernas están fuertes....

— ¡ Pues bien, vente conmigo y dormirás tranquilo ! Y, entretanto, los agentes avisarán al comisario....

— Buena idea. Dame mi revólver. Tú tienes el tuyo. Ahora, ni el diablo nos detiene.

Saltaron sobre Rascol y salieron.

Cuando á las diez de la mañana se presentó Devienne en la calle de los Rosales, para referirle á Hiénard el resultado de su conferencia con los testigos del señor de Prédalgonde, vió con inquietud que había un gran grupo de curiosos en la puerta. Algunos periodistas que le vieron descender del coche, se le acercaron diciendo.

— Esta misma noche se ha cometido un crimen en la casa....

— ¿ Hiénard? — preguntó angustiado el pintor.

— Vuestro amigo está intacto.... Pero uno de los malhechores ha sido muerto.... Parece que fué Frégose, el escultor, quien le despachó....

— ¿ Están ahí esos señores?...

— Acaban de llegar....

Devienne atravesó el grupo de desocupados, se dió á conocer á los agentes que cuidaban el jardín y los alrededores de la casa, subió al primer piso y en el estudio encontró al jefe de seguridad, el procurador de la República, el comisario de policía y agentes de la secreta; Hiénard y Frégose.

Aproximóse silenciosamente á los dos amigos, demostrándoles toda su alegría con un expresivo apretón de manos. El jefe de seguridad, hablaba :

— Esos individuos no vinieron á robar.... Hubieran podido hacerlo, y no lo han hecho. Ha sido una venganza particular, señor procurador de la República, ¡ eso es indudable!...

— Pero ¿ qué dice el señor Hiénard?

— El señor Hiénard no lo sabe, señor procurador de la República. Acometido de improviso, desvanecido por el anestésico, no vió nada ni pudo apreciar las circunstancias del crimen.... ¿ Por qué el cloroformo cuando tenían el cuchillo?... ¿ Por qué los armarios y las gavetas intactas, cuando podían buscar el dinero?... Porque había.

— El señor Frégose llegó y les impidió....

El jefe de seguridad movió la cabeza con aire de duda :

— ¡ Ya hacía tiempo que estaban aquí!... Pudieron robar y no forzaron un mueble.... ¡ Cuestión pasional!

— ¿ Pero quién puede informarnos?...

— El señor Hiénard, si quiere.... Pero es evidente que no quiere.... Vean ustedes su mutismo; y se excusa de un modo excelente, alegando un síncope. Lo sabe todo y no dirá nada. Mi última esperanza la fundó en una pesquisa que he mandado hacer relativa á una señora Mascart, que conocía al hombre muerto.... Uno de mis inspectores ha ido á buscarla.... Ella hablará.... Sobre todo, ahora que Rascol ha muerto.

— ¿Y está usted seguro de la identidad del interfecto?

— ¡ Ah ! señor procurador de la República ; le conocemos perfectamente. Era uno de nuestros auxiliares. Nos ha dado, en el terreno político, algunas indicaciones de gran utilidad.... ¿ Pero, puede saberse nunca lo que se esconde en el fondo de un personaje semejante?.... Sólo se conoce la superficie, el último semblante, la efigie más reciente.... ¿ Qué oculta el pasado de un bandido como éste? Parecía modificado en los últimos años; vivía tranquilamente, como un burgués, casi siempre en casa de la señora Mascart. Después se iba, durante meses enteros, sin duda para viajar.... Pero después volvían á encontrarle y nunca le han perdido de vista.... No venía á la Prefectura, limitándose á escribir cuando tenía que dar algún informe. Y siempre la indicación era exacta.... ¡ Ah, ahí tenemos á la señora Mascart.

La dueña del figón llegaba conducida por un agente, muy demudada, muy roja, pero con un continente irreprochable. Su cuello de cebellina y su sombrero de terciopelo encarnado llamaron la atención en la calle, cuando descendió del coche.

— ¡ Mochuelo ! No se aburren los polizontes ; ¡ cómo se regalan con hembras !

En el estudio hizo una entrada majestuosa, saludó con aire teatral y se llevó á los ojos su pañuelo de encaje, balbuceando :

— ¡ Ah, señores ! ¿ Para qué me quieren ? Una emoción semejante, por la mañana, sin preparación.... ¡ Tengo una jaqueca !

Cálmese usted, se trata de un simple informe. De-seamos que vea usted, delante del señor procurador de la República, á un hombre á quien han matado aquí, esta noche....

— ¡ Ah, Dios mío ! ¿ Y yo le conozco ?

— Todo nos hace suponer que sí. Sígame usted.

El juez y los agentes, avanzaron ; Frégose, Hiénard y Devienne, se acercaron. Por la puerta del cuarto, se veía la habitación que estaba lo mismo que cuando se cometió el crimen : la cama deshecha, las ligaduras que sirvieron para atar á Hiénard, la linterna rota, el charco de sangre y el cadáver de Rascol, con la herida terrible por donde se le escapó la vida.

— ¿ Conoce usted á ese hombre ? — preguntó el jefe de seguridad.

La señora Mascart avanzó haciendo un gesto de horror, miró y palideció, y se echó hacia atrás, gritando :

— ¡ Ah, Dios mío, es Rascol !

El procurador de la República la interrumpió diciendo :

— ¿ No es más que Rascol ? Si no quiere usted que la molesten es preciso que lo revele todo...

Ella empezó á lagrimear.

— ¡ Ay, señor ! yo soy una mujer honrada y nunca,

nunca, han tenido nada que reprocharme... ¡Pero este hombre era un tirano tan terrible! Se impuso á mí por el terror... Yo sabía que si decía algo de él, me mataba... Ya ve usted lo que ha hecho... ¡Oh, qué desgracia, haberle conocido!

— ¿Cuál era su verdadero nombre? — interrumpió el jefe de seguridad.

— Mi buen señor...

— ¿Cuál era su verdadero nombre?

Ella lanzó un suspiro de niño, su abultado pecho se infló como el océano bajo una ráfaga tempestuosa, y repuso sollozando:

— ¡Pues bien! si usted me asegura que no me sucedará nada; porque yo también soy víctima suya... Se lo diré á usted...

— Vamos, pues.

— Rascol no era su verdadero nombre. Se apellidaba Clavel.

— ¿El jefe de la famosa partida de los trajes negros?

— Sí, señor, sí! Se escapó de Numea y hacía diez años que volvió á París... ¡Ay, cuánto me ha hecho sufrir! ¡Cuántas noches he pasado sin dormir! Pero, ahora, está muerto; puedo contarle todo... ¡Oh, cuántos crímenes ha cometido! Él es quien ha dirigido todos los grandes robos de estos últimos tiempos. ¡Ah, pero sin dar nunca la cara!... Tenía ayudantes... conozco algunos... se los nombraré á usted.

— ¡Bien, bien! — interrumpió el jefe de seguridad temiendo que la locuacidad de la señora Mascart perjudicase el éxito de sus futuras pesquisas; — pero no delante de todo el mundo. Ya hablaremos de eso. ¡Está bien! Retírese usted, señora, sabemos lo que deseábamos.

La viuda movió la cabeza con aire descontento; había abierto las compuertas á su franqueza, y se veía con disgusto obligada á cerrarlas. Sacó del bolsillo una cajita de polvos de arroz y se aproximó á un espejo, improvisándose una juventud que disimulaba los estragos que la emoción había causado en su semblante. Después añadió, con una sonrisa insinuante y volviéndose hacia el procurador de la República:

— Señores, estoy á su disposición y al de la justicia.

El juez se acercó á Hiénard y á sus amigos, mientras el jefe de seguridad acompañaba á la señora Mascart, para impedirle que hablase con los periodistas.

— Vamos, señores, á desembarazarles de toda esta gente y á dejarles solos. Recuerden si pueden añadir algún nuevo dato que facilite el trabajo de la instrucción...

Devienne y Hiénard se miraron. Una palabra, y Prédalgonde era detenido. La identidad de Rascol y de San-Vicente perdía al Rey de París. Pero, excep-

ción hecha de los dos amigos, nadie más que Amoretti conocía las relaciones que mediaban entre el apuesto Roger y el bandido; y Amoretti estaba bajo el agua verdosa, destrozado por el paso de las canoas á través de la esclusa. En cuanto á Hiénard, todo le impedía confesar que Prédalgonde pudiera ser el socio de un ladrón y de un asesino. Prefería matarle ó exponerse á ser muerto por él, hacer correr sangre, pero no salpicar á nadie con todo aquel fango.

— Señor procurador de la República, — dijo; — yo soy quien va á dejarle á usted libre el campo. Tengo pocas ganas de pasar la noche próxima en esta casa. No temo á los espectros, pero ciertas impresiones me repugnan. Tome usted todas las disposiciones que juzgue necesarias y, si tiene usted necesidad de mí, me encontrará usted en casa de mi madre, la señora duquesa de Diernstein, avenida de los Campos-Eliseos.

Saludó y acompañado de sus dos amigos, atravesó el jardín. Caminaba con mucho desembarazo y no parecía resentirse de las violencias sufridas. Su aparición causó un alboroto en la calle; todos se acercaron para verle y hablarle, muchos le estrecharon la mano y los vecinos le aclamaron. Él se apresuró en llegar al coche de Devienne, en donde subió con sus dos amigos. Los agentes abrieron calle; el caballo, asustado, se encabritó y partió. Ya en la

calle Lepic, dijo Hiénard extrañado del silencio de Devienne :

— ¿ No me dices nada de lo que has convenido con los testigos del señor de Prédalgonde?

— No te lo digo, porque lo considero inútil. ¿ Supongo que no irás á batirte con ese miserable?

— ¿ Y, por qué no?

— ¡ Cómo, después de lo que ha hecho, ó ha dispuesto que hiciesen contra ti! ¿ Porque creo que no dudarás que el golpe de esta noche estaba preparado por él?

— Nada lo prueba, pero es admisible, porque le convenía suprimirme sin combate, ya que soy el único obstáculo que se opone á su reconciliación con la duquesa, y que su sangre ó la mía derramada en un combate, les separaría para siempre. Y esto supuesto, no sé por qué no he de batirme con él según pensamos antes del lance de esta noche. Las cosas siguen en el mismo estado, y estoy dispuesto á ahorrarle las dudas que existen acerca de su complicidad.

— ¡ Pero es indigno del honor que le harías!

— ¿ Puedo decirlo? Ya ves que basta dejar que los acontecimientos sigan su curso.

Frégose no había dicho nada, pero se agitaba en su asiento. Al fin, exclamó :

— ¿ No sería más sencillo que yo le rompiese los riñones al marqués, como le he roto la cabeza á su acólito?

Hiénard se echó á reir :

— ¡Qué Frégose éste! Ahora no se va á poder andar contigo. Vas á querer matar á los hombres por un sí, ó un no. Y no debes adquirir esa costumbre, te acarrearía muchos disgustos en el mundo.

— ¡Yo me río del mundo! Lo que no quiero es que te suceda alguna desgracia.

— Estate tranquilo. ¿Á qué se bate el señor de Prédalgonde?

— Á pistola. Fuego á voluntad.

— ¿Cuándo?

— Luego, á las tres.

— ¿Dónde?

— Detrás de las tribunas de Saint-Ouen.

— Ciertamente, yo no tiro á la pistola tan bien como Frégose, pero tampoco lo hago mal.

— Se puede aplazar el encuentro á causa del estado de debilidad que seguramente han determinado en ti los acontecimientos de esta noche. La vista, la mano, la resolución, pueden ser menos precisas, menos seguras, menos firmes...

— Estoy perfectamente y en cabal posesión de mí mismo. No cambiemos nada. Y, chito, que ya hemos llegado.

Bajaron del vehículo y ya en la acera, dijo :

— No entréis conmigo, porque alarmaríamos á mi madre. La cita es en casa de Devienne, que se encargará de todo ; médico, coche, armas...

— ¿No quieres aplazarlo? ¿Estás bien resuelto?

— No hay para qué.

— Entonces, vámonos; y hasta luego.

Se dieron la mano. Frégose y Devienne subieron en el coche, y Hiénard entró en el hotel. Eran las doce. Subió á su cuarto. Estaba resuelto á no ver á su madre hasta el mismo instante de almorzar y á dejarla después, á fin de ahorrarse explicaciones. Pensaba que la duquesa no sabría lo sucedido en el círculo, y que también ignoraría hasta por la noche la agresión cometida contra él. Se juzgaba libre de preguntas y de cualquier escena, mas como conocía la perspicacia de su madre y la habilidad con que se apoderaba de cualquier indicio, desconfiaba.

No bajó hasta que Fermín vino á decirle que la duquesa le esperaba. Desde luego vió que estaba tranquila, aunque triste; no sabía nada. Juan le besó la mano y la condujo á la mesa, preguntándola por su salud. Empezaron á almorzar, siendo el servicio rápido, como siempre. Ella, generalmente, comía poco, bebía su té y hablaba mucho. Aquella mañana parecía ensimismada, y únicamente contestaba con una sonrisa afectuosa á lo que su hijo la decía. Él, por una especie de cariñosa coquetería, se esforzaba en consolar y alegrar á la pobre mujer, cual si hubiese querido dejarla (por si no volvía á verla) el recuerdo más dulce y más lierno.

Terminado el almuerzo, acompañó á su madre al

salón, permaneció algunos momentos más con ella, y salió diciendo que tenía que hacer y que regresaría seguramente para comer. La duquesa besó á su hijo, le siguió con la vista como asaltada por una inquietud súbita é inexplicable y estuvo á punto de llamarle; después entró en su cuarto.

Juan subió á sus habitaciones cuando el timbre del vestíbulo empezaba á sonar anunciando la llegada de los amigos íntimos. Hiénard había dado orden de que le llevasen su ropa. Fermín trabajaba arreglando los armarios. Aquel ya no era el cuartito del modesto estudio de la calle de los Rosales: era el departamento lujoso de un hijo de familia, pretendido y elegante.

El estudio, que era inmenso, tenía una amplia cristalería sobre el jardín del hotel, recibiendo del norte una luz fría y clara que escorzaba las siluetas con gran exactitud. Su bajo relieve, sus tierras, sus utensilios, todo estaba arreglado ya: su blusa de trabajo aparecía colocada sobre un sillón. Él no tenía más que coger un formón y modelar la arcilla. Pero Juan lanzó un suspiro acordándose de que no se trataba de crear, sino de destruir, y que el destino irónico, que le puso en el mundo para producir obras, le obligaba á la tarea imbécil de matar á un hombre.

Se vistió de negro, con un cuello muy pequeño, y ya había cogido su sombrero para salir, cuando la

puerta del estudio se abrió bruscamente y apareció la duquesa, casi corriendo, con el semblante descompuesto y los ojos ardientes de fiebre. Al ver á su hijo, lanzó un suspiro, y se dejó caer sobre un sillón. Él se acercó á ella, inquieto. La duquesa le agarró la mano fuertemente, se la oprimió contra su pecho, como temiendo que se le escapase, y exclamó con voz ahogada:

— ¡Desgraciado, desgraciado niño

Él quería preguntar, informarse, ansioso por saber lo que ella quería decirle y de lo que debía guardarse. Elisa no le dejó hablar, y dando rienda suelta á sus lágrimas;

— ¡Cómo! sin que yo lo sepa, sin haberme dicho nada, sin haberme abrazado, irte á exponer la vida... ¿Tienes derecho á eso? ¿Eso era lo que yo esperaba de tu cariño? ¿No me has prometido nada? ¿Cómo quieres que soporte, sin morir, un dolor semejante? Tú, mi Juan, y...

No pudo concluir, su voz se ahogó en un sollozo. Él, sombrío, empezó á pasearse por el estudio sin hablar, no queriendo mirar á la pobre mujer que lloraba y á quien no se atrevía á consolar. Al fin, dijo:

— ¿Quién se lo ha dicho á usted, madre mía, quién ha cometido esa triste hazaña?

— La señora de Sauvelys y Luciana, que están tan espantadas como yo, y que me esperan abajo

para concertar el modo de impedir ese encuentro... ¡ Porque eso no puede consentirse! Ellas lo dicen como yo. Eso es imposible, ¿entiendes?

Él hizo un gesto de resolución inquebrantable:

— Eso es tan posible, madre mía, que nada puede impedirlo.

— ¿Ni aun mis ruegos?

Juan calló.

— ¿Ni mis órdenes?

— Él no repuso. Entonces la pobre mujer se levantó en un paroxismo de desesperación y de terror, con el cabello suelto y el semblante desencajado, gritando más bien que hablando:

— ¿Pero, qué te ha hecho ese desgraciado?

Aquella vez Juan perdió paciencia, y mirando á su madre con una expresión que la hizo gemir de terror;

— ¿Lo que me ha hecho? — dijo; — ¡ casi nada! después de haberme herido en lo que tengo de más sagrado en el mundo, mi respeto á usted, me ha arrojado de vuestra casa, como antes me lanzó de vuestro corazón. Pero eso no le ha satisfecho: viendo que yo conocía su doblez y su infamia, porque usted no sabe, madre mía, el bandido que se oculta en ese brillante personaje, ¡ ha mandado que me asesinasen esta noche!

— ¿Á ti?

— Esta noche, sí, y hubiese muerto, sin el auxilio

de Frégose, que mató á uno de los bandidos, después que el miserable, con una audacia que demostraba la seguridad que tenían de triunfar, me explicó cínicamente su proyecto... Con el hijo muerto, ya estaban seguros de la madre; ¡ bastaba una indicación para apoderarse de la mujer y del dinero! Eso es, ya que deseaba usted saberlo, lo que ha hecho!...

Aterrada, con los ojos fijos, la frente sombría, presa del vértigo ante los abismos de vergüenza que se abrían ante ella y tapándose los oídos con las manos para no escuchar, la duquesa ya no suplicaba, inmóvil como una muerta. Hiénard se acercó á ella y añadió forzándola á oírle:

— Y eso no es nada, madre mía. El dolor, la vergüenza, el crimen, todo lo hubiese soportado tal vez, para no causarle á usted el terrible sufrimiento que ahora la destroza; porque la amo á usted y la respeto, y su dicha por muy reprehensible que fuese, siempre es sagrada para mí. Pero anoche ese miserable, cuando por conseguir vuestra tranquilidad y vuestro honor, y salvar en fin, del naufragio, los restos de lo que aún podía asegurarle á usted una existencia digna y sosegada, le inducía yo á que se fuese, á alejarse para continuar en otra parte su existencia de mentiras y de infamias, ¿ sabe usted cómo recompensó mi paciencia y mi generosidad?... ¡ Insultándola á usted!

Elisa se levantó lívida, con los labios temblorosos,

la mirada perdida, y se aferró al hombro de su hijo para no caer. Él prosiguió con violencia creciente:

— Sí, ese cobarde se ha atrevido á insultarla á usted, delante de Devienne, que me acompañaba. Entonces toda mi sangre, la vuestra, madre mía, se sublevó, y dueño al fin de pagar mi deuda de odio pegando, no ya para vengarme, sino para defenderla á usted, abofeteé al señor de Prédalgonde. Sí, y lo confieso; he destronado con delicia á ese innoble Rey de París.

Entonces los dos se miraron sin hablar. Él, asustado de lo que acababa de decir, viendo que las torturas sufridas habían envejecido instantáneamente á su madre, en veinte años lo menos. Ella, grave y perpleja, como si en aquel minuto supremo descubriese todas sus locuras, todos los errores de su vida; comprendía que para lavarlos iba á correr la sangre, y que aquella sangre podía ser la de su hijo. La duquesa hizo un movimiento y se acercó á Juan; sus manos se juntaron suplicantes, todo su rostro rogaba, hasta pareció querer arrodillarse. Él la cogió y la estrechó contra su corazón. Entonces ella se abrazó á su cuello, delirante, sus remordimientos estallaron con su desesperación, y exclamó:

— ¡Perdón, perdón! ¡Ay! he sido una mujer indigna y una mala madre.

Él la obligó á callar con soberbia altanería:

— Ni una palabra, ni un reproche, ni una crítica, madre mía. No se lo tolero á usted ni á los demás.

Dentro de un momento procuraré matar á un hombre porque no he querido que la acusasen á usted. Por tanto, no se recrimine usted. Yo impongo á todos el respeto que tengo por usted, porque usted es mi madre y eso lo resume todo.

Ella le miraba, seducida por aquellas frases enérgicas, enloquecida de temor y reanimada por una admiración secreta, casi segura por efecto de una superstición femenina, de que Juan triunfaría; anquilada y vencida por tantas emociones seguidas.

— No me quite usted mi valor y mi sangre fría, — dijo; — sea usted resuelta y enérgica. Es lo único que la ruego. Hay cuestiones de honra que, en ciertos momentos, deben anteponerse á todas las demás. Yo tengo que cumplir con mi deber; cumpla usted con el suyo. Abrácame usted....

— ¡Oh, Juanito mío!...

Se arrojó sobre él, le abrazó, le estrechó, mirándole con ojos de loca, como queriendo llenarse la memoria de su rostro, de su guapeza, de su fuerza juveniles.

— Ahora, váyase usted con sus amigas; reténgalas usted en su compañía. Las dos han sido buenas y cariñosas conmigo. Si no vuelvo, quiera usted á Luciana; será para usted una hija y me reemplazará.

Abrazóla por última vez y salió huyendo de sus besos y de sus lágrimas, y envolviéndola en una mirada postrera de valor y de esperanza.

Desde la ventana le vió la duquesa atravesar el patio y abrir la puerta. El eco de la hoja, al cerrarse, la partió el corazón. Miró á su alrededor, se vió sola, extendió los brazos y no encontrando ningún punto de apoyo, cayó al suelo.

Cinco minutos hacía que el señor de Prédalgonde y sus testigos, los señores Frémonville y Jabin, y el médico, se paseaban por la alameda que costea las tribunas del hipódromo, esperando la llegada de Hiénard y de sus amigos.

— Me parece que nuestros adversarios llegan tarde, — dijo Frémonville, — y no hace calor en pleno viento.

— ¿ Tal vez les haya ocurrido algún accidente ? — preguntó Jabin.

Una ligera sonrisa alegró el semblante severo del señor Prédalgonde.

— Sería preciso que el señor Hiénard estuviese muy enfermo para que faltase á esta cita...

— Tranquílcese usted, que nada le ha ocurrido ; Aquí está...

Prédalgonde palideció. Hiénard avanzaba entre Devienne y Frégose, y precediendo al médico que les seguía apresuradamente. Era Hiénard, no su sombra. Caminaba con aire vigoroso y resuelto. Roger pensó : ¿ Qué ha hecho entonces Rascol ? ¿ Era eso lo que prometió ? ¿ Y cómo no me ha prevenido ? ¿ Voy á verme

obligado á despachar yo mismo á Hiénard ? ¿ Y qué va á ser de todos nuestros proyectos ?

Á los que llegaban ya se les oía hablar.

— Dispénsennos ustedes, señores, — dijo Devienne con su fina ironía ; — no llegamos á tiempo, pero la culpa no ha sido nuestra. Hemos estado ocupados toda la mañana por una información judicial, porque poco ha faltado para que esta noche asesinasen al señor Hiénard.

— ¿ Asesinado ? — exclamaron Frémonville y Jabin.

— Sí. Pero ese incidente ya no nos preocupa. Aquí está el señor Frégose que salvó á nuestro amigo y dió buena cuenta del matador. Están dispuestos, señores. Tienen ustedes sus armas. Aquí están las nuestras. Ahora, si á ustedes les parece bien, arreglaremos las condiciones del combate.

Los dos médicos se habían acercado y hablaban. Prédalgonde, á quien Frégose devoraba con los ojos, parecía de mármol. Hiénard se aproximó á los testigos de su adversario :

— Señores, mientras ustedes arreglan con mis amigos todos los preparativos, desearía decirle algunas palabras el señor de Prédalgonde.

— Pero, caballero, — volvió á gritar Jabin con aspereza ; — eso es contrario á la costumbre.

— Lo sé. Por eso les ruego que le digan á su representado si tiene inconveniente en escucharme.

— ¿ Los dos solos ?

— Sí, los dos solos.

El correcto Jabin habló con su amigo y un instante después Prédalgonde y él se acercaron á Hiénard. El rey de París saludó, el escultor le correspondió tocándose el sombrero ligeramente. Se separaron para no ser oídos y Hiénard le dijo sin preámbulos :

— Está usted sorprendido de verme aquí. Usted estaba seguro de que me arreglarían las cuentas esta noche y de que se vería usted libre de mí.... Pero todo negocio tiene sus quiebras; y vuestro Rascol fué quien cayó debajo.... La policía está ahora examinándole y midiéndole y, merced á las indicaciones que yo puedo dar, no tardará mucho en descubrir su identidad con el conde de San-Vicente y su intimidad con el señor de Prédalgonde....

Roger tuvo un movimiento de protesta y de furor :

— ¡ Debía usted haberlo hecho antes de venir, está usted muy seguro de librarse de mí !

Hiénard miró á Prédalgonde fijamente :

— Los hombres como yo no denuncian nunca; matan. Señor de Prédalgonde, yo no he querido arrastrarle á usted delante de los tribunales, para que no salpicase usted con su vergüenza á todos los que le han conocido. Sólo queda una cosa por hacer y la intento, á riesgo de mi vida. Procure usted salvarse.

— ¡ Ay, desgraciado de usted ! — rugió Prédal-

gonde cuyo rostro se descomponía ; — ahora ya no tengo el deber de perdonarte.

— Perdonarme, — dijo Hiénard ; — ¿ bandido vil, ha tenido usted alguna vez ese pensamiento ? Esta noche Rascol me lo ha contado todo. Procure usted acertarme, porque yo le acierto á usted. Es preciso que usted muera, ¿ entiende usted ? El honor y la seguridad de los míos así lo exigen. Esto era lo que tenía que decirle.

Devienne y Frémonville se acercaban. Los dos adversarios se saludaron y guiados por sus respectivos testigos, fueron colocados á treinta pasos de distancia, sobre la hierba, en un espacio despejado, sin puntos de vista para el ojo, ni indicaciones para la puntería. Frégose se aproximaba con una pistola en la mano temblando como una hoja, pálido como un muerto.

— Á la señal, — dijo Devienne, — tiran como ustedes quieran, avanzando cada cual cinco pasos. El límite está indicado por mi bastón. En cuanto grite : ¡ Fuego ! tú tienes el derecho de marchar. ¿ Cómo te encuentras ?

— ¡ Muy bien !

— Coge esta pistola. Ten cuidado, el gatillo es fuerte, apriétalo progresivamente.

— Hiénard, — balbuceó Frégose ; — ¿ quieres abrazarme ?

— Con mucho gusto, viejo camarada.

— Sepárense ustedes, señores, — gritó Frémontville.

Prédalgonde y Hiénard se encontraron solos y frente á frente. La elevada estatura del Rey de París se recortaba sobre el cielo gris. Parecía firme y decidido.

— ¿Está usted listo? — preguntó Devienne.

— Sí.

— ¡Fuego!

Á la señal, Prédalgonde avanzó lentamente cinco pasos, apuntando cuidadosamente á Hiénard, que permanecía inmóvil, de frente y reservando su disparo. El tiro salió. Hiénard no se movió y en el silencio se percibió el suspiro de Frégose. En el mismo instante y desde su puesto, el escultor tiró. Prédalgonde se estremeció. Una palidez livida cubrió su semblante. Arrojó su pistola sobre la hierba lanzando un grito de furor, y con la mano se registró el pecho, como queriendo arrancarse la bala de la herida. Después, repentinamente, dió tres pasos de costado y cayó. Devienne y Frégose se habían acercado á su amigo, palpándole, preguntándole:

— ¿No tienes nada?

— Nada. ¿Y él?

— ¡Ah, él! — dijo Devienne; — creo que está herido gravemente.

— Vete á ver.

Hiénard se acercó á las tribunas, abrazado por

Frégose que entonces temblaba de alegría. Sobre la hierba se veía un grupo formado alrededor de un cuerpo tendido. Pasado un momento, Devienne volvió precipitadamente.

— ¿Y bien — preguntó Hiénard.

— Ha muerto. La bala le entró por debajo del hombro y le ha atravesado el corazón.... Vete, con Frégose, á esperarme en el coche. Voy á cilarne con esos señores para el proceso-verbal y en seguida soy contigo.

Frégose cogió á su amigo del brazo. Le sostenía, hubiera deseado llevarle. Y Hiénard se fué, dejando tras él, sobre aquel pradecillo verde alrededor del cual giraban los caballos en los días de carreras, y tendido en la hierba, el cuerpo del hombre que tanto daño le había hecho y al cual otorgó la suprema merced de morir en su mentirosa realza de Rey de París.

La primavera había vuelto. Contra su costumbre, la duquesa se instaló en Champchevrier á fines de mayo. Su hijo la acompañaba, y la señorita Marchal había ido á encontrarles. La hermosa Elisa ya era una mujer anciana. Sus cabellos habían blanqueado; su talle esbelto y erguido, estaba encorvado y más grueso. La tristeza había realizado su trabajo de destrucción; y de aquella belleza soberana que desafiaba los años, despertando la admiración y la

envidia, sólo quedaban la dulzura de los ojos y la gracia de la sonrisa. Ella no parecía apesadumbrada por la pérdida de sus seducciones, puesto que ya no pretendía ser amada. Sus ilusiones no pudieron sobrevivir al desastre de sus últimas afecciones, y con una resignación melancólica se conformó á no ser más que madre. Y lo era á conciencia, como ganosa de recuperar el tiempo perdido. Durante el invierno su casa estuvo cerrada para todas aquellas personas que no eran de su intimidad, y vivió al lado de Juan, pasándose la mayor parte del tiempo en el estudio.

El escultor aprovechó aquella asiduidad para hacer un busto admirable de su madre, en que el pensamiento vivía tras la frente noble y triste, y la delicada pureza de los rasgos perpetuaba el recuerdo de los antiguos triunfos. La duquesa lo miraba con placer, y decía: — He aquí lo que fui yo. Hablaba de sí misma, como una abuela sonriente de una joven que merece indulgencia. Para ella, Juan era perfecto.

En Champchevrier experimentó por vez primera el placer de asistir á las encantadoras transformaciones de la naturaleza. Aquella parisina se había aficionado á las cosas del campo; al cultivo de las plantas, al nacimiento de las flores; y ella misma componía ramilletes magníficos que después Luciana pintaba con mucho gusto á la acuarela.

Hacia quince días que estaban allí en la tranquilidad, el silencio y el dulce sosiego de los campos y de los bosques; y el tiempo había corrido con celeridad increíble, sin un momento de inacción ni de fastidio. Vivían como personas modestas y juiciosas, paseando á pie, trabajando, respirando el aire puro y comiendo con buen apetito. Lo que aún no habían podido hacer, era acostarse temprano.

La frívola amistad de Luciana y de Juan se había transformado poco á poco en una afección sólida. Se comprendían, se estimaban, y pensaban del mismo modo acerca de casi todas las cuestiones. La duquesa le decía á su hijo:

— Debían ustedes casarse. Á una abuela como yo, sólo le faltan nietos.

Juan no contestaba. Un día llegó una carta de Frégose, anunciando que Clementina acababa de darle, con toda felicidad, un hijo; y le preguntaba á Hiénard si quería ser padrino y escoger á la madrina. El escultor sonrió y dijo volviéndose hacia Luciana:

— ¿Quiere usted servir de madrina al Frégose pequeñín?

— Con usted, con mucho gusto.

La puerta del salón estaba abierta; bajaron al parque y echaron á andar lentamente por la orilla del estanque. Los cisnes continuaban rayando con sus carreras silenciosas, las aguas claras y frías. Pero las hojas muertas no caían como aquel día

terrible en que la duquesa y la señora Sauvelys hablaron prolijamente acerca del Rey de París. La primavera hacía estallar la savia de las ramas, caldeaba la tierra amorosa, y provocaba entre el follaje las conversaciones de los pájaros. Todo estaba rejuvenecido, todo renacía á la dicha de vivir. Un hálito de dulzura y de ternura flotaba en el aire. Juan dijo :

— Mi madre siempre está muy triste. Para que se reconcilie con la existencia sería preciso ofrecerla un nuevo interés. Únicamente yo puedo realizar ese milagro, pero es preciso, Luciana, que usted me acompañe.

Ella bajó la cabeza avergonzada. Hacía mucho tiempo que esperaba aquella confesión, y su corazón latía sordamente presa de una violenta emoción.

— ¿Qué necesito hacer? — preguntó.

— Es preciso que ponga usted su mano en la mía. He dudado mucho antes de dirigirla esta declaración. Sé que tiene usted un carácter tan independiente como el mío, y no ignoro que ha sufrido usted grandes pesares. En fin, hay ese obstáculo terrible de vuestra fortuna. ¡Tantos millones! ¿Qué hacer de ellos cuando mis costumbres son tan sencillas? ¡Y cómo estorba esa riqueza! Sin embargo, hay entre nosotros una concordancia tan completa de ideas y una conformidad tal de gustos, que no unirnos sería darle de lado á la felicidad. Dígame usted lo que piensa de esto.

— Yo pienso que sería difícil encontrar un hombre que me agradase más de lo que usted ha sabido hacerlo, y que llenase mejor las condiciones que yo había fijado en mi pensamiento de un marido digno de estimación y de cariño. Los dos somos un poco misántropos : pero nuestra mutua afección puede hacernos perdonar á la humanidad al probarnos que la felicidad no es irrealizable, y que aún es posible encontrar lealtad y sinceridad en el mundo. En cuanto al dinero, ¡Dios mío! es como una apuesta y aunque usted no quiera, debe de tener tanto como yo. ¡Pues bien! todo se reducirá á gastarlo. Hay mucho bien que hacer; y para el que no consiente ser esclavo de su fortuna, la riqueza es buena. Dotaremos á la miseria y, ¡qué diantre! es casi lo mismo; protegeremos á las artes. Por lo que á mí se refiere, le prometo á usted que no daré por terminada mi tarea hasta que todas mis rentas no hayan pasado al bolsillo del prójimo. No ambiciono, ni títulos ni esplendores. Mi ideal sería llamarme la señora Juan Hiénard, y vivir de lo que usted ganase con su talento. Yo no sé, amigo mío, si llegaremos alguna vez á no ser ricos; pero estoy segura de que, si usted quiere, llegaremos á ser felices...

Luciana levantó la cabeza con altivez :

— Pero, sépalo usted bien; yo no puedo contentarme con la estimación y simpatía de mi marido. Tengo más orgullo y quiero ser amada, aunque ya

no sea joven ni nunca haya sido hermosa. Acaricio el ensueño de que un hombre como usted sabrá comprender lo que soy y lo que merezco. Si me he engañado tenga usted el valor de decirme, sin temor de arrancarme mi última ilusión... Pero si he aguardado precisamente...

El llanto arrasó sus ojos y no pudo continuar. Juan la estrechó dulcemente entre sus brazos y repuso besando sus lágrimas preciosas :

— No se ha engañado usted, Luciana. La amo á usted por su altivez, que a hace tan diferente de las demás mujeres, y también por su valor y su desinterés. No puedo olvidar que en la lucha que emprendí y en que me jugué la vida, usted me sostuvo, defendiéndome y ayudándome á triunfar. Esta vida le pertenece á usted. Disponga usted de ella, es suya, y no será nunca de nadie, más que de usted.

Ella no respondió, sintiéndose muy emocionada para hablar. Pero cogió la mano de Juan y la estrechó entre las suyas, y por entre las flores, la verdura y el sosiego infinito y profundo, regresaron abrazados hacia su madre, con los ojos rientes, á llevarle la felicidad.

Les Abymes — Paris, 1897-1898.

FIN

PARIS. — IMPRENTA DE LA V^o DE CH. BOURET.

